

TENDENCIAS ESPECÍFICAS DE LA DEMOCRACIA AFRICANA

Poco importan los rusos, los ingleses, los americanos o los franceses. El solo régimen que convenga a África es un régimen africano.

Abioseh Nicol, *Anthologie
Africaine et Malgache*.

Les États périraient, si l'on ne faisait ployer
souvent les lois à la nécessité.

Pascal, *Pensées*, ix, 614

Rasgos particulares caracterizan el constitucionalismo africano y, a través de los principios afirmados y de las instituciones adoptadas, traducen la especificidad de la democracia africana.

Estas características pueden clasificarse bajo dos rúbricas:

- la primera concierne al terreno internacional e interafricano, y
- la segunda, al terreno interior de cada Estado: los rasgos concretos del clima político que determinan el funcionamiento de las instituciones.

SECCIÓN I

ÁFRICA Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

El Tercer Mundo,¹ especialmente el continente africano, al despertar a la vida internacional, debía elaborar su propia filosofía de las relaciones internacionales, es decir, en cierto modo, expresar, frente a los demás continentes, la “personalidad africana”, con sus realidades y sus problemas. Los principios rectores de la política exterior de África pueden enunciarse como sigue:

¹ Jean Lacouture y Jean Baumier, *Le Poids du Tiers Monde*, Arthaud, París, 1962. Los autores señalan que el profesor Alfred Sauvy fue quien utilizó primero esta expresión, por analogía con la de Tercer Estado (*Tiers-Etat*), en una obra colectiva, publicada en 1956, por Georges Balandier.

1. Igualdad de los hombres y de los Estados;
2. Independencia y Soberanía;
3. Cooperación y Asistencia: anticolonialismo y neocolonialismo; y
4. Neutralismo o *non-engagement* para con los dos bloques, Este y Oeste.

Examinaremos aquí tan sólo los principios y 2 y 3 (ver capítulo v).

§ 1. *Afirmación de Independencia y de Soberanía*

Una de las primeras tendencias por señalarse, la constituye la afirmación de la independencia y de la soberanía de los jóvenes Estados —afirmación que presenta un aspecto doble:

1. *Para con la ex metrópoli*. Citemos unas Constituciones: “El Estado de Alto Volta es una República independiente y soberana” (artículo 2), Camerón: “El pueblo camerónés, independiente y soberano...” (Preámbulo); República Centroafricana (artículo 2); Congo-Brazzaville, Costa de Marfil y Dahomey (artículo 1); Ghana (artículo 4); Marruecos (Preámbulo); Niger (artículo 1); Tchad y Togo (artículo 1); etcétera.

En dieciséis Constituciones, la redacción de esta afirmación no refleja ninguna acrimonia, ni deja adivinar ningún nacionalismo exacerbado, lo que permite inducir el carácter relativamente apacible del proceso de independencia, así como la progresión regular que ha marcado cada una de sus etapas desde 1946 —cuando menos en lo concerniente al África negra de habla francesa. El presidente de la República del Senegal, Léopold Senghor, no deja de subrayarlo al contestar a una alocución del presidente De Gaulle; “Hemos sido, en el África Negra de habla francesa, los primeros en reclamar la independencia nacional para la realización de nuestra personalidad colectiva... *Hecho único en la historia colonial, en un plazo de dos años, usted ha otorgado la independencia a quince países antiguamente colonizados*”.²

Por cierto, el mismo cielo despejado y sereno no ha presidido el nacimiento de la República Tunecina y —en un grado menor y algo diferente— el de Guinea.

La independencia de Túnez cristaliza, en efecto, y a título principal, el justo término de la valiente e incansable actividad de Habib Bourguiba, presidente actual de la República Tunecina, cuyos fervores nacionalistas fueron a menudo brutalmente frenados por numerosas estancias en las cárceles de una metrópoli severa y poco realista.³ La afirmación de la independencia y del nacionalismo tunecinos toma aquí, como podía pre-

² “Le Monde”, 21 de abril de 1961, París.

³ Jean Lacouture, *Cinq hommes et la France*, Editions du Seuil, París, 1960.

verse, un tono apasionado y va acompañada por una carga a fondo en contra del imperialismo colonial: "Nosotros, Representantes del Pueblo Tunecino... Proclamamos la voluntad de este Pueblo, que se ha librado de la dominación extranjera merced a su poderosa cohesión y a la lucha que ha sostenido contra la tiranía, la explotación y la regresión..." (Preámbulo).

La República de Guinea, al negar su adhesión a las nuevas instituciones propuestas por la Constitución francesa de 4 de octubre de 1958 (Comunidad Francesa), decidió seguir sola su camino: "El pueblo de Guinea, por su votación del 28 de septiembre de 1958, ha rechazado la dominación y, por lo tanto, ha adquirido su independencia nacional y se convierte en un Estado libre e independiente" (Preámbulo). Los términos son muy medidos y parecen traducir más aprensión que rencor verdadero...⁴

2. Para con los *leaders* africanos que se han proclamado campeones de la *unidad* africana es decir de la unión política inmediata de todos los Estados independientes y de la instauración de un Gobierno federal intracontinental.

Precisa mencionar que esta afirmación de independencia y soberanía refleja también la preocupación de reforzar la unidad nacional. En muchos casos, se trata en realidad de *crear* esta unidad, estructurarla y comunicar a las masas la conciencia de formar parte de una misma nación. Eso es tanto más difícil —ya lo hemos mencionado— cuanto que cada país reúne dentro de sus fronteras grupos étnicos numerosos, diferentes y a menudo, rivales, como, por ejemplo, en Costa de Marfil, Ghana, República Malgache, Mauritania, Tchad y Togo, entre otros casos.

§ 2. Cooperación y asistencia: el neocolonialismo

Todos los dirigentes africanos reconocen la interdependencia como una realidad fundamental y un fenómeno característico de nuestra época. Enfocaremos aquí tan sólo un aspecto del problema de la cooperación internacional, que va a establecerse entre los países desarrollados, principalmente la antigua metrópoli, y las exposiciones erigidas en Estados independientes: su relación con la independencia, es decir el peligro del neocolonialismo.

"La plaga de nuestro siglo es el derrumbe económico y cultural que sufren los pueblos no adaptados, al encontrarse con pueblos industrializados...; nuestra presencia en los países de ultramar los ha perturbado profundamente, política, social y económicamente."⁵ De semejantes perturbaciones, el colonizador lleva la responsabilidad y debe, pues —subsistan o no vínculos políticos— proveer y promover la indispensable adapta-

⁴ Ver capítulo 1, apéndice, p. 24.

⁵ Germaine Tillon, *op. cit.*, p. 105-107.

ción de estas poblaciones. Se trata de un imperativo ineludible que ni el joven Estado ni la antigua metrópoli pueden esquivar. En este dominio vital, suélese denunciar dos peligros suscitados por los mismos protagonistas:

de parte del independizado un nacionalismo agudo y exacerbado que lo lleve a prohibir toda presencia y a rechazar toda ayuda del excolonizador, cuando lo necesita, sin embargo, urgentemente. Financiar el desarrollo sin provocar la inflación constituye el problema principal que los Estados recién independizados tienen que resolver. ¿Cómo lograrlo? ¿Mediante la inversión impuesta a los ciudadanos? Eso es el método revolucionario al que acuden los Estados que se inspiran en el ejemplo chino o en el experimento cubano. Pero, generalmente, el capital interno es tan reducido que este proceso implica el recurso fatal a la "inversión humana". De tal modo que el pedir la ayuda extranjera resulta ser casi inevitable, como lo recordó en mayo de 1962 un *leader* tan poco propenso a la complacencia para con las grandes potencias occidentales, Abd al-Nasser;⁶ de parte del antiguo colonizador, el incurrir en el *neocolonialismo*, es decir, mediante "nuevas formas de explotación económica —pactos de asistencia, acuerdos y convenios celebrados con organismos públicos o privados—" seguir controlando enteramente la vida económica del país, y, por consiguiente, su vida política.⁷

Las actitudes de los jefes de Estados africanos pueden clasificarse en dos categorías: los "intransigentes" y los moderados.

1. *Los "intransigentes"*. Si el problema del África recién independizada reside ahora "en el grado de esta misma independencia, es por la nueva forma en que sigue manifestándose la plaga de la dominación: el neocolonialismo".⁸ "Hoy en día, puntualiza el presidente Sékou Touré, el imperialismo va amoldándose a la nueva situación, recurriendo a métodos nuevos... La fórmula 'ayuda y asistencia' reemplaza en la fraseología imperialista el viejo *slogan* 'misión civilizadora'. Propónese a los jóvenes Estados africanos acuerdos económicos que, en realidad, no son sino pactos coloniales revisados."⁹

2. *Los moderados*. Varios jefes de Estados africanos han emitido opiniones más matizadas acerca del problema de la asistencia y del neocolonialismo: han subrayado que el rechazo de toda ayuda constituye el escollo mayor contra el cual precisa no tropezar. "El rehusar las aportaciones de

⁶ "Le Monde", Editorial, núm. 710, 24-30 de mayo de 1962, París.

⁷ Definición de la Resolución del 14 de octubre de 1960, adoptada por el VII Congreso de la Asociación Internacional de Juristas Demócratas.

⁸ Sékou Touré. *L'Action politique du Parti Démocratique de Guinée pour l'émancipation africaine*, tomo 1, p. 98, Conakry, 1958.

⁹ Discurso pronunciado por el presidente de la República de Guinea, Sékou Touré, en la 15a. sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 10 de octubre de 1960, in "ONU, *Assemblée Générale, XVe Session, Documents Officiels*", p. 601.

Europa, bajo el pretexto de lucha anticolonialista, equivaldría a empobrecernos, a la par que, en cierto modo, renunciar a recuperar nuestro atraso milenario.”¹⁰ Por su lado, Ahmed Ben Salah, brillante *leader* sindicalista tunecino defiende la misma tesis: “So pena de desembocar en una marcha hacia atrás, en una regresión, la descolonización no debe ser el proceso inverso de la colonización. El fracaso de varios países antiguamente colonizados no se explica sino sólo por este formalismo superficial, negativo y estéril... No se trata de aniquilar el hecho colonial, sino de superarlo.”¹¹

Sin aceptar ni aprobar de ninguna manera las desviaciones y los abusos a los que la asistencia extranjera pueda dar lugar, los moderados africanos reconocen que sus países no pueden prescindir de ella. Pedir la ayuda extranjera demuestra una gran lucidez, revela también una actitud normal, pero, como en muchos dominios de la vida, es un mal necesario. Si el denunciar el menor indicio de ambiciones en las ofertas de una potencia extranjera demuestra una gran lucidez, revela también una actitud negativa y, a la larga paralizadora. Esperar ayudas totalmente desinteresadas equivale, para un país, escoger el aislamiento, el retiro, significa en fin renunciar a la vida. “Existen obsesiones creadoras. Pero, la que consiste en no ver sino atentados neocolonialistas en cada esfuerzo de uno u otro de los dos universos para reducir la miseria del Tercer Mundo y abrirle los caminos del desarrollo, la que consiste en tachar toda proposición de intenciones dominadoras o de recuperación colonial, es sencillamente arruinadora.”¹²

El principio de solución, el enfoque básico es, en realidad, considerar la ayuda extranjera como *un medio* y nunca como un fin en sí. En efecto, esta asistencia da al país beneficiario el instrumento, el utensilio que permite trazar y estructurar el armazón del Estado, y, sobre todo, *asociar al pueblo en esta obra*. Éste tiene que tomar parte en esta tarea de edificación y no presenciar como espectador inactivo el trabajo de los especialistas y técnicos occidentales o socialistas. Cada uno contribuirá así verdaderamente en el progreso de su país, al asimilar la enseñanza de dichos peritos e instructores. ¿Qué vale, pues, una planta eléctrica, una fábrica y hasta un tractor si falta el personal competente para utilizarlos?

¹⁰ Léopold Senghor, presidente de la República de Senegal, *L'Indépendance*, in *Anthologie Africaine et Malgache*, op. cit., p. 275.

¹¹ Ahmed Ben Salah, *Signification et perspectives de la décolonisation*, in “*Esprit*” junio de 1957, París.

¹² Jean Lacouture y Jean Baumier, *Le Poids du Tiers Monde*, op. cit., p. 327.

SECCIÓN II

CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES
DE LA DEMOCRACIA AFRICANA

El continente africano presenta un conjunto de condiciones y factores humanos, económicos y sociales que van a orientar terminantemente la práctica de las instituciones de gobierno.

Precisa advertir de que el clima de la democracia africana no deja de presentar en la actualidad un aspecto muy preocupante por los postulados rígidos y estrictos que, al regirlo, engendran numerosos conflictos. Pese al silencio impuesto por los dirigentes, estos conflictos tendrán que resolverse un día, de fuerza, si no de grado. La crisis de las instituciones políticas es, actualmente, uno de los problemas más graves del continente.

§ 1. *Tendencias básicas generales de los regímenes políticos*

Son las siguientes:

1. Un Poder Ejecutivo fuerte y personalizado;
2. La institución de un partido único;
3. La ausencia de toda oposición; y
4. La adopción generalizada del presidencialismo.

1. Un poder ejecutivo fuerte y personalizado:
Cesarismo, *Leadership* y Paternalismo

“Los modelos extranjeros que el Tercer Mundo se ha dado, los parodia, en realidad, más que los imita. En todas partes, el régimen político escogido se ha convertido en instrumento del poder personal de un hombre o de un partido.”¹³

En efecto, los incidentes, remolinos, cambios bruscos y expectativas de la vida política africana traducen las fluctuaciones profundas que la afectan. El nivel económico, el estado social y la madurez política que permiten el funcionamiento de una democracia de tipo europeo, no pueden ser actualmente más que objetivos lejanos. *La démocratie est, en effet, une longue pratique*. Todo en África es diferente de Europa: la substancia de los días, como la de los seres y de las cosas. Sin embargo, urge fundamentalmente hacer obra constructiva y dejar en el armario de las quimeras la utopía de una democracia perfecta —por lo demás, ¿en dónde existe?— que podría surgir en África *ex nihilo*.

¹³ Jean Lacouture y Jean Baumier, *Le Poids du Tiers Monde*, op. cit., p. 107.

El régimen político que la lógica impone en el África recientemente independizada tiene que ser de inspiración autoritaria y centralista, con miras a una doble meta de edificación y de educación. Se trata, nada menos, de edificar el Estado, educar a las masas y levantar su nivel de vida, suprimir el marco tribal y las "micronaciones" que ha engendrado, eliminar las rivalidades regionales y realizar la unidad nacional; en resúmenes palabras, se trata de transformar el universo de la tribu en un conjunto de Estados Modernos. Nada se construye en el desorden, nada en la inercia o la indiferencia. La democracia africana, "en primer lugar, debe tender a integrar un aparato estatal fuerte capaz de asegurar a los individuos un nivel de vida decente".¹⁴ Como no deja de subrayarlo el presidente Senghor: "mientras no se haya vencido la miseria y el hambre, no habrá independencia verdadera". Será, pues, el régimen de los "hombres fuertes" es decir un Ejecutivo que asegure la continuidad de aplicación de programas planificados, sin el freno de censuras parlamentarias desordenadas, sin el imprescindible aval de una mayoría movidiza o *introuvable*.

1. El poder del jefe del Estado se caracteriza por un elemento de *cesarismo*: a la vez que el *leader* aparece como designado por la Providencia—investidura de derecho divino o, mejor dicho, de *mesianismo*—, su poder se funda en la designación popular. Llevado al poder mediante procedimientos democráticos (elecciones, plebiscitos), el presidente de la República se encuentra revestido de una autoridad absoluta. En casi todos los jóvenes Estados, las elecciones presidenciales han tomado y siguen tomando el aspecto de la elección por aclamación popular, a través de plebiscitos que no pueden fallar. En Ghana, por ejemplo, este procedimiento es institucionalizado por la Constitución: "Kwamé Nkrumah es nombrado por la presente: primer presidente de la República de Ghana, habiendo sido elegido para desempeñar estas funciones antes de la promulgación de la Constitución por un plebiscito organizado conforme al principio enunciado en el artículo 1º de esta Constitución" (artículo 10).

En algunos casos, fuera de cualquier consulta popular, una disposición constitucional nombra, en toda simplicidad, al Primer Magistrado del Estado; en Túnez, por ejemplo: "Confiamos a Habib Bourguiba, presidente del Consejo, el mandato de Jefe del Estado... y le conferimos el título de "presidente de la República Tunecina" (Resolución de la Asamblea Nacional Constituyente, inciso 3, incorporada a la Constitución); o en Tchad: "El jefe de Estado, presidente del Consejo de Ministros, a partir de la fecha de promulgación de la presente Constitución, resulta confirmado en sus funciones de jefe del Estado y jefe de Gobierno" (artículo 75, inciso 3 de la Constitución de 28 de noviembre de 1960).

¹⁴ P. I. Idenburg, *Les nouveaux États Africains et les normes démocratiques accidentales*, in "Revue Juridique et Politique d'Outre-Mer", núm. 2, abril-junio de 1961, París, pp. 195-203.

Para dar una última precisión relativa a las elecciones en el clima político africano mencionamos la siguiente anécdota, que traduce la importancia que los Césares africanos atribuyen al plebiscito permanente y al fervor de las aclamaciones populares. La Constitución de Marruecos, promulgada el 12 de diciembre de 1962, estipula en su artículo 20 que "La Corona marroquí y sus derechos constitucionales son hereditarios". En febrero de 1961, con la muerte del rey Mohamed V, la Corona pasó a su hijo Hassan II. El Ministro jerifiano de Información concedió una entrevista a algunos periodistas europeos y, al mencionar uno de éstos la eventualidad de una consulta popular, aquél replicó: "¿Elecciones? ¿Para qué? ¿Acaso, no las presencié usted ayer, cuando el pueblo entero aclamó a su soberano? ¿En verdad, qué necesidad hay entonces de otra consulta?"¹⁵

2. El presidente de la República, detentador exclusivo del poder, es a la vez, "jefe, padre, depositario de todos los poderes y héroe privilegiado";¹⁶ *leadership* y *paternalismo* se encuentran reunidos y encarnados en su persona. Le corresponde conducir a su pueblo por buen camino, en su calidad de padre de la nación, por desear su bien y por ser el único revestido de la autoridad y competencia para llevar a cabo esta tutela. A este sistema, elocuentemente ilustrado por la democracia africana, se le aplica la denominación de "democracia tutelar" —derivada de la idea de tutela, de régimen de tutela—, puesto que el poder es atributo de una *élite* que se ha fijado como objetivo la democratización verdadera de la vida política, lo que evoca la misión del tutor para con el menor, es decir: ... "guiar poco a poco el país hacia una democracia estructurada y, en una palabra, asentar tradiciones republicanas".¹⁷

II. El Partido único

De jure o de facto, los dirigentes de diecisiete Estados africanos han abandonado el sistema del pluripartidismo e impuesto el partido único —a veces calificado como "dominante" o "preponderante"—, considerado como la expresión de las aspiraciones populares. La democracia africana es, pues, unipartidista, lo que va en contra del concepto occidental de democracia que implica fundamentalmente la pluralidad de partidos.

El proceso utilizado es simple. Los partidos políticos empezaron a formarse a partir de 1946, cuando menos en el África francófona; uno de entre ellos ha ido reforzando y afirmando su posición hasta eliminar a los demás —mediante unión o reagrupamiento y, dado el caso, interdicción, destierro o encarcelamiento de sus jefes— bajo el impulso de su

¹⁵ Citado por Jean Lacouture et Jean Baumier, *Le Poids du Tiers Monde*, op. cit., p. 176.

¹⁶ Jean Lacouture y Jean Baumier, *Le Poids du Tiers Monde*, op. cit., p. 149.

¹⁷ Bechir Ben Yahmed, *Editorial*, in "Afrique-Action", noviembre de 1961.

leader quien, a la hora de la Independencia, se convirtió en jefe incontestado del Estado.

Precisa poner de relieve la importancia de este fenómeno en la vida política de las Repúblicas africanas. Dicho fenómeno, lo explican varias causas, y su justificación, según los dirigentes del Tercer Mundo, es clara e indiscutible: el programa a realizar para edificar el Estado y la Nación implica esencialmente la cohesión y la disciplina, es decir una dirección y una autoridad única. En efecto, el partido tiende ante todo a reunir y centralizar las energías individuales para crear una unidad de acción nacional. El profesor André Hauriou estima que "este tipo de instituciones constituye el marco óptimo de un país que es todavía incapaz de asegurar el funcionamiento de los mecanismos de la democracia liberal, pero que rehúsa entregarse al fascismo o a la democracia popular, es decir al totalitarismo".

Este enfoque optimista simplifica demasiado el problema. La instauración del partido único no deja de presentar un peligro indiscutible: en ausencia de todo contrapeso político público, de la dirección única a la autocracia y a la dictadura la distancia está muy reducida y fácilmente dado el paso que separa unas y otras. Veremos más adelante que la crisis actual del África independiente no tiene otro origen.

III. La ausencia de toda oposición

El corolario del partido único es que la oposición, como pieza institucional y oficial de todo régimen democrático, es ilegal y prohibida en el África de hoy. El concepto de unipartidismo la niega fundamentalmente.

En vísperas de la Independencia, una oposición había logrado formarse, a partir de los *leaders* competidores. Pero, como lo acabamos de mencionar, al poco tiempo resultó descalificada y excluida por el partido gubernamental. En Ghana, por ejemplo, donde el partido oficial, *the Convention People's Party*, es omnipotente, el presidente Nkrumah había admitido, un tiempo, la existencia de los partidos de oposición, en la medida en la que no representasen particularismos religiosos (musulmanes) o regionales, esto es tribales. Semejante restricción le permitió rápidamente descartar, excluir e interdir legalmente los partidos rivales.

Si la oposición logra constituirse nuevamente, es como facciones ocultas, declaradas ilegales de derecho o de hecho. Su único medio para reconquistar la ciudadanía radica entonces en recurrir a la violencia e imponerse por la fuerza; y es exactamente lo que sucede desde un año en el continente.

La ausencia de oposición oficial procede del mismo carácter de los países que estudiamos: el poder se esfuerza en realizar la movilización de las masas y tiene que impedir toda acción susceptible de hacer desviar la ruta escogida por el Partido; puesto que la continuidad en la realización

es una exigencia vital para las jóvenes Repúblicas. Además, los *leaders* africanos no titubean en justificar la prohibición de la oposición, por ser ésta incompatible con la obra de edificación de cada Estado y, además, perfectamente inútil:

a) *incompatible*: Amhed Ben Bella, presidente de la República Argelina puntualiza: "El concepto de democracia liberal implica el multipartidismo. Semejante concepto no es admisible en nuestro país. Hemos instituido un partido único que es el verdadero motor de la Revolución . . .; la existencia de varios partidos es un lujo de los países ricos . . . y somos muy pobres."¹⁸

b) *inútil*. Madira Keita, ministro de Mali, estima, por su parte, que la ausencia de clases sociales diferenciadas justifica plenamente el partido único. El pluripartidismo corresponde a la existencia y a la representación de intereses diversos, diferentes y, luego, opuestos: a falta de éstos, aquél no tiene ninguna razón de ser y resulta desprovisto de todo sentido. Es perfectamente inútil crear matices y multiplicar divisiones artificiales en la opinión de un país, cuando la unicidad de interés del pueblo implica normalmente una representación unipartidista.

Esta lógica es indiscutible, pero no puede pretender situarse dentro del marco de la democracia liberal del Occidente.

IV. Triunfo del presidencialismo

Hemos señalado ya esta evolución general: abandono del parlamentarismo y adopción del presidencialismo o, mejor dicho, de la interpretación africana de este régimen político.

Antes de examinar el problema de la ortodoxia de la democracia africana, trataremos de investigar las causas, los factores de las tendencias fundamentales que acabamos de indicar.

§ 2. *Los factores determinantes*

I. La personalización del poder

Los factores sociales, psicológicos y afectivos contribuyen naturalmente en África a la formación de semejante poder: a la vez que lo explican, refuerzan su necesidad.

1. *La personalización del poder* "es una ley general de las sociedades políticas contemporáneas".¹⁹ Los ejemplos abundan no solamente en

¹⁸ "Le Monde", núms. 722, 16-22 de agosto y 733, 19-7 de noviembre de 1962, París.

¹⁹ Jacques Fauvet, *Faut-il élire le Président de la République au suffrage universel?*, in "Le Monde", 2-10 de enero de 1962, París.

África sino en todas partes: Nerhu, De Gaulle, Nasser, Castro, Khrouchtchev, Ho-Chi-Minh, Soekarno, etcétera.

Si en Europa este fenómeno puede atribuirse en gran parte a la *despolitización de las masas*, en África la situación es diferente, ya que la *despolitización se convierte aquí en apolitización*, esto es la ignorancia de la vida política, o una preparación muy insuficiente para la misma. El leader que ha llevado una lucha victoriosa o se ha constituido en campeón de una independencia pacífica (como es el caso del África Negra francófona), viene a ser, natural y normalmente, el jefe del Estado y del Gobierno. Encarna al país, a sus aspiraciones, a su patrimonio ético y cultural, y, naturalmente, sin ninguna discusión, la masa del pueblo lo ve encargarse de organizar y poner en marcha la vida de la Nación: así Habib Bourguiba en Túnez, Kwamé Nkrumah en Ghana, Léopold Senghor en Senegal, Sékou Touré en Guinea, Félix Houphouët-Boigny en Costa de Marfil, etcétera. "Los grandes hombres de África son todos políticos".²⁰

2. Un segundo factor, específicamente africano, subraya y reafirma la necesidad de un Ejecutivo fuerte y personalizado: es el inmenso abismo que separa a los dirigentes —formados en la escuela de la antigua metrópoli— de las masas populares, difíciles de despertar y orientar y, especialmente, los campesinos que deben integrarse en la vida nacional activa lo más rápidamente posible. En semejante situación, la voluntad del jefe hace las veces de voluntad general, puesto que la de las masas es todavía inexistente, o casi. La educación es una tarea de largo plazo, y la organización y las rivalidades tribales no dejan de dificultarla, a la par que hacen más frágiles sus resultados posibles.

La autoridad del jefe desempeña un papel de primera importancia en este problema fundamental que se plantea a todos los jóvenes Estados: el de educar —en el sentido más amplio del vocablo— al pueblo y, especialmente, formar *cuanto antes* técnicos e instructores adaptados a las tareas locales del desarrollo. "Movilización de las masas" e "inversión humana", estas expresiones utilizadas con mucha frecuencia en los programas de los dirigentes, traducen un imperativo vital: incorporar al pueblo al circuito de la vida moderna, sacándolo de su rutina e indiferencia ancestrales y, al ponerlo al trabajo, infundirle la conciencia de su responsabilidad. "Lo importante, lo básico, hoy en día, es que nuestras gentes trabajen."²¹

La Educación del pueblo abarca tres dominios: informarlo, formarlo y animarlo, y, ello, en el plazo más corto posible. Ante todo, se trata de 1) promover y realizar una "mutación social", es decir un cambio total de las mentalidades; 2) dar una formación escolar, profesional y técnica; y 3) guiar y coordinar las actividades individuales y colectivas. Frente a

²⁰ M. Milcent, *op. cit.*

²¹ Jean Lacouture, *L'Algérie à tâtons, cinq mois après l'Indépendance*, in "Le Monde", núm. 735, 15-21 noviembre de 1962, París.

semejantes problemas, el jefe del Estado, al imponer la dirección a seguir, no puede aceptar que sus decisiones —es decir su autoridad— sean discutidas, suspendida la aplicación del programa de edificación y desperdiciado el capital tiempo de cada día. “Un jefe, un país, una organización”, esta fórmula adoptada implícita o explícitamente por los jóvenes Estados, a la par que refleja el carácter de la autoridad detentada por el jefe del Estado, explica su necesidad.

3. Citamos aquí una descripción analítica, lúcida y precisa, del poder personal de Bechir Ben Yahmed.²² “Los hombres y las muchedumbres tienen una necesidad permanente e irracional de contar con alguien y de entregarse.

“Y, en una nación, siempre existe un ‘alguien’ dispuesto a satisfacer estos anhelos. El siglo xx presencia, pues, no la abolición de la monarquía, sino su transformación en un poder que no difiere de ella más que por dos rasgos: no es conferido por nacimiento, se toma (y, por consiguiente, debe retenerse); no se transmite y, por consiguiente, plantea permanentemente el problema de la sucesión. Eso es el poder personal... Hoy en día, Bourguiba detenta de derecho y de hecho un poder mayor que el que detentaba el Bey y el Residente General reunidos... Abd al-Nasser decide soberanamente en Egipto; Nkrumah está demostrando que Ghana es él; Sékou Touré, Houphouët-Boigny, que figuran entre los dirigentes más conocidos del Tercer Mundo, han instaurado o están instaurando un poder parecido en sus países respectivos...”

“El poder personal se conquista a viva fuerza —pero en muy poco tiempo—, a partir de una audiencia pacientemente ganada, fuera del poder, durante una lucha de liberación, por ejemplo... Todas las fuerzas rivales resultan entonces desmanteladas, sojuzgadas o eliminadas: no constituyen sino elementos secundarios del poder que solo existe, decide, se manifiesta al mismo tiempo que expresa el país y lo encarna. Dentro del círculo del poder, uno goza de cierta consideración y desempeña su papel.

“El poder personal, aun cuando tiende hacia la dictadura, cuando pierde la adhesión popular, procede del asentimiento de la mayoría y se funda en la unión nacional. Es una transacción permanente entre la democracia —difícil e irrealizable en ciertas situaciones— y la dictadura... Africanos, no meditemos sobre el *devenir* de los poderes que hemos aceptado. Por ser el poder personal detentado por un hombre, lleva la marca de lo frágil y de lo precario. Por hacer nacer el orgullo y el desprecio en el que lo detenta, la docilidad en los demás, este poder constituye en sí una amenaza para la salud moral de un país...”

Técnicas de formación y de apoderamiento, caracteres fundamentales, ventajas e inconvenientes o, mejor dicho, peligros del poder personal resultan claramente puestos en evidencia. Este análisis, magistralmente formulado, encierra una advertencia significativa dirigida a los césares africanos.

²² Bechir Ben Yahmed, *Le pouvoir personnel*, in “Afrique-Action”, *op. cit.*

II. El carismo o mesianismo

Si este elemento negativo de la apolitización de las masas constituye en África una de las primeras causas de la personalización del poder, otro factor contribuye ampliamente a reforzar el fenómeno, pues le aporta *un elemento positivo, de orden afectivo, un factor tradicional*, íntimamente mezclado con el primero cuya acción apoya y refuerza: se trata del *carismo* (del griego: *charisma*, don de la gracia). El universo negro africano (y, como lo veremos más adelante, el islámico), por sus creencias religiosas y sus estructuras sociales tradicionales, conserva unidas las diferentes esferas de la vida: lo espiritual y lo material no son más que un solo y mismo terreno de la actividad humana.

1. *La tradición negroafricana.* Hemos mencionado ya que en la tribu, *el jefe encarnaba* la unidad de intereses, el interés de cada uno y de todos en una palabra, *el interés colectivo*. Depositario de la sabiduría de los antepasados, el jefe tribal recibe de éstos y solamente de éstos, el mandato de organizar, dirigir y proteger la vida de todos los miembros de la tribu; su autoridad es pues absoluta e indiscutible, por ser verdaderamente sagrada (puesto que representa a todos los antepasados), a la par que se ejerce en todos los dominios de la vida: religioso, político, social, económico, militar, etcétera. Designado por los antepasados —es decir, revestido de esta marca divina que es el don de la gracia—, el jefe encarna, detenta y ejerce los poderes más amplios de gobierno, *lato sensu*, y, ello, en el interés exclusivo de la colectividad, según lo prescriben los mandamientos ancestrales. Si su autoridad es incontestada es por proceder directamente de los antepasados, pero, ante todo, tiene la obligación de utilizarla y aplicarla con miras al bien de todos y para el beneficio general del grupo, como padre, juez, sacerdote, jefe político, jefe militar, etcétera.

Esta misma imagen, transpuesta en el plan nacional, condiciona ahora el comportamiento político de la mayoría de los africanos. Eso permite explicar las predisposiciones africanas para aceptar y apoyar a los *leaders* nacionalistas, como la encarnación de todos los intereses de la sociedad. Los pueblos africanos, muy marcados por el tradicionalismo tribal, consideran al que han elegido, como su representante, pero también como *un jefe* a quien deben obedecer. Para las masas, el hombre político, en realidad, no es sino el jefe de clan, el jefe de tribu, dentro del marco de un sistema social mucho más amplio y completo que el de la tribu y de la aldea. El carismo, este fenómeno que tratamos de describir, transpone, pues a la escala nacional las funciones del jefe tradicional, inseparables de la autoridad tutelar y paternal que todos aceptan y respetan.

Ello explica que el *leadership* africano, pese a la occidentalización y al modernismo que marcan su comportamiento, tienda a honrar y exaltar

las culturas tradicionales.²³ Uno de los ejemplos más típicos, nos lo proporciona la Constitución malgache, al formular el texto del juramento solemne que el presidente de la República debe pronunciar antes de entrar en función: "Juro solemnemente ante Dios, *los antepasados* y los hombres..." (artículo 9).

La síntesis de la calidad de leader modernista y del prestigio carismático del jefe consuetudinario, la ilustran elocuentemente todos los jefes de Estado africanos; mencionemos a las personalidades más relevantes.

Jean Lacouture y Jean Baumier,²⁴ nos dicen: "Kwamé Nkrumah es el prototipo y el abanderado de este poder carismático, basado en una "democracia directa" y una obligación sagrada de obediencia. He aquí un caso único... Subrayamos en primer lugar que el jefe del Estado de Ghana se ha conferido el título de *Osagyéfo* —vocablo que significa "redentor victorioso"... El culto a la personalidad sigue desarrollándose con un dinamismo sorprendente. En Ghana, todo es Nkrumah: calles, escuelas, fábricas, dispensarios, prensas, universidades". Este sentimiento de carisma, de fervor religioso, que provoca naturalmente el jefe, se manifiesta con una nueva fuerza por ser muy arraigado en la conciencia africana y muy hábilmente utilizado por el mismo: "Muchas son las referencias que se hacen en Accra al antiguo culto africano, especialmente a las religiones de las tribus *ashanti* a las cuales pertenece el *Osagyéfo*" (24); éste posee un arte innato para adoptar y lucir en el desempeño de sus funciones de estadista moderno, actitudes y comportamientos típicos de los antiguos jefes y sacerdotes *ashanti*.

El África negra de habla francesa tiene, por su parte, personalidades de mucho relieve entre las cuales destacan Félix Houphouët-Boigny (Costa de Marfil) y Sékou Touré (Guinea), descendientes de jefes ilustres cuyas familias, desde siglos, reinaban verdaderamente en el país: los *Baoulé* y Samory Touré, el gran conquistador. "Pero, la naturaleza del poder y el modo de gobierno del presidente Touré difiere mucho del estilo de Accra... Por ser éste africano marxista más bien que marxista africano... Desde las estructuras del partido, hasta las realidades profundas de la aldea y de la tribu, se ha establecido una dialéctica que confiere a su poder un elemento muy moderno a la par que relativamente arcaico o folklórico: democracia del tam-tam y dictadura referendaria" (24).

El caso del presidente Touré —sindicalista llegado al poder mediante los procedimientos más clásicos de la lucha obrera— es muy diferente del presidente Houphouët-Boigny. "El poder que ejerce este antiguo Ministro de la República Francesa, es verdaderamente el poder típico y tradicional del jefe de tribu africano... Ante todo, Houphouët-Boigny es el jefe tradicional, de casta noble, nacido para mandar y gobernar, revestido de un poder esencial y permanente. El presidente marfiliano, funda-

²³ Jean Buchmann, *L'Afrique Noire Indépendante*, L. G. D. J., Paris, 1962.

²⁴ Jean Lacouture y Jean Baumier, *Le Poids du Tiers Monde*, op. cit., pp. 159, 162, 163, 158 y 153.

dor y jefe del partido político más importante en el continente negro —el *Rassemblement Démocratique Africain*—, miembro de diez gobiernos de la Francia metropolitana, árbitro de las relaciones franco-africanas de 1956 a 1960, *es hoy en día, ante todo, rey de los Baoulé...* El respeto de que goza, y la autoridad completa que ejerce no proceden de la exaltación semimística del demiurgo de Accra, sino que es basada en la tradición de los caciquismos (*chefferies*) del África occidental. No necesita ser coronado para reinar y, por esencia, su poder se emparenta más con el del emperador Haël Sélassié que con el de Cyrille Adouala en Léopoldville" (24).

2. *La influencia del Islam*. Al igual que la vida espiritual de sus adeptos, el Islam rige también su vida material. Esfera religiosa y esfera secular están unidas y confundidas. La vida y la actividad del Estado islámico —es decir del Poder— llevan el sello religioso: el derecho no puede entonces tener un carácter absoluto, sino que es ligado con la religión, de la que depende rigurosamente. Conforme al concepto musulmán de poder, éste es prerrogativa y atributo exclusivo del soberano que lo ejerce para el bien común, y sus límites no pueden ser determinados más que por la voluntad divina. La limitación del poder no pertenece esencialmente al derecho público, sino mediatamente, al dogma, puesto que el derecho público ha sido edificado sobre las bases establecidas por el Islam.

Al independizarse África del Norte, estos axiomas del Corán iban a ser utilizados por los dirigentes árabes, dentro de las interpretaciones de cada uno, para reforzar su autoridad y asentar un poder personal dentro de un marco semidemocrático, orientado hacia un régimen verdaderamente democrático. El "estilo" de este poder es función directa de la personalidad de cada jefe de Estado y de los problemas nacionales a resolver.

Argelia. Los siete años de guerra que han precedido el acceso de Argelia a la independencia han hecho de la autoridad del *leader* y de la unidad de dirección un imperativo vital e inmediato y el punto clave de la vida de la joven República. La victoria del presidente Ahmed Ben Bella sobre las "facciones", no podía sino incitarle a reforzar su poder personal y a imponerlo a los que tendían a limitarlo, es decir a compartirlo, como hechos recientes lo han demostrado. La autoridad del presidente de la República, como en los demás Estados musulmanes, en cierto aspecto se vincula directamente con los principios básicos del Islam, que van adquiriendo en Argelia una fuerza nueva, como agentes muy poderosos de aceleración y de realización de la unidad nacional. Lo subraya el presidente Ben Bella: "El Islam, en Argelia, no representa tan sólo una adhesión ferviente al pasado, sino que es un factor básico de la personalidad colectiva, el último vestigio quizá de una sociedad perturbada por el fenómeno colonial..." (ver *supra*, nota 21).

Marruecos. Monarca hereditario, pero muy modernista y socialista, el rey Hassan II exponía, hace poco, a un periodista francés: "No me es po-

sible actualmente hacer menos directo el ejercicio del poder. ¿Por qué? Porque nuestro pueblo no es capaz todavía de movilizarse al oír de un programa o de una doctrina. Ahora, lo que necesita es seguir a un hombre, a un equipo. Este equipo que he formado con hombres de confianza, es preciso que lo presente yo al pueblo, que actúe yo de abanderado para abrirle el paso. En una palabra, *el poder tiene que ser personal para ser popular*" (ver *supra*, nota 24). "Por otra parte, el poder personalizado no se opone al régimen representativo; es un fenómeno particular a nuestra época, normal e indispensable. Este poder, en las democracias, es detentado por un jefe en quien el pueblo confía y con quien se identifica: el jefe carismático. En Marruecos, el poder tiene que seguir siendo personalizado y dicha personalización será todavía más importante y significativa cuando las instituciones representativas empiecen a funcionar. Semejante régimen tendrá el valor que sus realizaciones le darán." ²⁵ Mi padre fue el rey quien condujo a Marruecos, hacia la Independencia; tengo que ser quien edifica y organiza el nuevo Marruecos." ²⁶

Túnez. La personalidad excepcional del presidente tunecino, Habib Bourguiba, sitúa y explica la naturaleza y el origen de su autoridad. "Hay poder personal y poder personal. El que Bourguiba detenta en Túnez es, en cierto modo, un producto de la Historia. Procedió de "por sí", se impuso naturalmente y, naturalmente también, los tunecinos lo aceptaron. A nuestro parecer, el poder personal de Bourguiba es, entre los que existen en el mundo hoy en día, uno de los mejores: está adaptado a la situación actual de Túnez, pero debe evolucionar con ésta. —Hemos dicho que el poder personal, en Túnez como en los demás Estados, puede salvarse y salvar el país en que se ejerce, si:

—"cuida de no degenerar en una dictadura totalitaria que, al instaurar el desprecio de las leyes, de los hombres y de las instituciones, precipitaría su propia desaparición";

—en cambio, tiene que preparar las etapas del camino hacia la democracia verdadera, al asentar tradiciones republicanas.

"Este poder prácticamente ilimitado que ejerce desde hace casi ocho años el presidente Bourguiba, esta dictadura apacible, de carácter paternalista, más humana que la de Mussolini y más matizada que la de Mustapha Kernal, constituye, en cierto modo, el gobierno "del padre del pueblo", en un país en que la tradición —como en todo el universo mediterráneo— exige que el padre que bien ama bien castiga, y que los hijos le hablan sin subir el tono..." (ver *supra*, nota 24).

²⁵ Robert Gauthier, *Entretien avec le Roi Hassan II*, in "Le Monde", núm. 710, 24-30 de mayo de 1962, París.

²⁶ Sirius, *Unité et diversité*, in "Le Monde", núm. 759, 2-8 de mayo de 1963, París.

Así es como la influencia islámica siempre actual o la tradición de un pasado muy arraigado a través de los siglos, para el África negra, vienen a injertarse y a incorporarse a las instituciones y a las técnicas modernas en la persona del jefe del Estado.

III. El Partido único. ¿Por qué?

Esta otra tendencia de la democracia africana, como el poder personalizado y carismático del jefe del Estado, tiene su explicación en los mismos factores sociológicos —*lato sensu*— del continente africano.

Si el carismo da al poder personal en África una fisonomía *sui generis* estos dos elementos participan de igual manera en la instauración del partido único, consecuencia de éstos a la par que factor nuevo que viene a reforzar sus posiciones y a dar más estabilidad a esta construcción tripartita.

A) Origen y formación del Partido único

La Constitución Francesa de 1946 asociaba los Territorios de Ultramar en la vida política de la Francia metropolitana por una parte y, por otra, en la gestión de los asuntos africanos locales, junto con la administración colonial: participación directa en el Gobierno francés, y descentralización y desconcentración administrativas en África. A la par que los africanos mandaban sus diputados a la Asamblea Nacional francesa, elegían los miembros de las Asambleas Territoriales (una en cada Territorio), dotadas de varias competencias.

Con el sufragio y los candidatos a la Asamblea Nacional y a las Asambleas Territoriales, aparecieron los partidos políticos, y, cada formación, al elaborar su doctrina y su programa, se vinculó con el partido francés metropolitano de tendencias parecidas. Si en un principio, es decir desde 1946, el multipartidismo ha caracterizado al África negra de habla francesa, una tendencia al reagrupamiento empezó a manifestarse unos diez años más tarde, bajo el impulso del Partido del Reagrupamiento (*Rassemblement*) Democrático Africano (RDA), fundado en 1946 por el *leader* marfiliano, Félix Houphouët-Boigny. Este Partido, hoy en día el más importante del África negra, ha ido extendiendo su campo de acción a través de las secciones creadas en cada Territorio, al lado de otras formaciones políticas. Particularismos locales no han tardado en manifestarse y, a la Independencia, cada sección nacional del RDA fue afirmando sus tendencias y asentando su propia orientación. Así es como, hoy en día, el Reagrupamiento Democrático de Guinea (RDG), por ejemplo, difiere mucho del Reagrupamiento Democrático de Costa de Marfil (RDCA), en sus tendencias y métodos.

Hemos mencionado ya en el presente capítulo, la técnica utilizada por los *leaders* competidores para asegurar el predominio de su partido, proclamarlo partido gubernamental al acceder al mandato presidencial, y seguir eliminando los demás, mediante asimilación, absorción o interdicción pura y simple.

B) *Papel del Partido único*

Instrumento de aplicación del programa establecido por el Jefe del Estado, y en cuya elaboración interviene en teoría, el partido único desempeña un papel de primera importancia en la vida política del país.

1. La supremacía incondicional e indiscutible del Partido es continuamente afirmada, por ser el instrumento básico de la "Revolución". "El Partido anima la vida política del país y expresa las aspiraciones del pueblo. Al Partido corresponde adoptar un programa, elaborar sus propias estructuras y designar los órganos de dirección: Comité Central, Mesa Política, etcétera."²⁷ Esta supremacía así afirmada procede también de este principio básico, de este postulado fundamental puesto de relieve por todos los *leaders*, de que el Partido representa la nación entera.

2. El carácter monolítico del Partido aparece claramente: "Un partido monolítico es necesario en un Estado descolonizado que debe dedicarse a corregir y enderezar los errores pasados, los años de despreocupación y las mentalidades de los descolonizados, y emprender la edificación de un Estado nuevo, verdaderamente independiente y próspero... Tenemos que disciplinar nuestra sociedad a todos los niveles y encauzar todas las energías hacia la gran obra de construcción de este gran Estado, bajo la autoridad del gran *leader*."²⁸ Acordémonos que en Ghana, el presidente Nkrumah, el *Osagyéfo*, es objeto de un verdadero culto. Por otra parte, "Toda tendencia a la burocracia, al federalismo, a la oligarquía, todo lo que tiende a limitar los derechos de las masas es incompatible con el Nkrumahismo" (28).

3. El carácter de unicidad del Partido no ha tardado en afirmarse, de hecho y de derecho: "El multipartidismo queda completamente extraño al concepto tradicional de gobierno en la sociedad africana; en cambio, el partido único constituye la mejor solución al problema del gobierno en África. El Programa del Partido rechaza el multipartidismo en nombre de la confianza mutua que existe entre el Gobierno y las masas."²⁹

²⁷ Ben Khedda (entonces presidente del GPRA), *Déclarations*, in "Le Monde" núm. 720, 2-6 de agosto de 1962, París.

²⁸ Kofi Baako, in "Ghanaian Time", 1º de abril de 1961, Accra.

²⁹ *Program of the Convention People's Party (Work and Happiness)*, p. 4, Accra, abril de 1962.

4. En consecuencia, el Partido controla todos los sectores de la vida del país: a) el dominio político; mediante sus órganos, el Partido controla, y luego orienta, la actividad de los Ministerios; al Partido corresponde establecer la "lista nacional" de los candidatos para cada consulta electoral, es decir la lista única, sistema que le permite decidir de la composición del Parlamento principalmente y de los demás organismos elegidos; b) la vida administrativa, profesional y social: las organizaciones de juventud, los sindicatos, los movimientos femeninos no son más que instrumentos al servicio del Partido.

El sindicalismo constituye un terreno especialmente interesante. "Precisa extirpar de las mentes el concepto occidental del sindicalismo... que consiste en no ver en el sindicato sino un instrumento de reivindicaciones sociales."³⁰ En consecuencia, "por las mismas razones que justifican el rechazo del multipartidismo, no puede existir en Argelia sino una organización sindical única... El sindicato reúne a todos los trabajadores y constituye una verdadera correa de transmisión entre éstos y el organismo que dirige la economía nacional" (30).

5. Puesto que el Partido representa la nación entera, el presidente de la República —*leader* y secretario general del Partido— resulta ser la verdadera encarnación del Partido y, luego, del Pueblo. La voluntad del presidente no siendo más que la expresión de la del pueblo, aparece como omnipotente e infalible. El presidente anima y dirige el Partido en soberano absoluto: "Es el '*one man system*', más allá del partido único. Todo procede del 'príncipe' africano y todo converge hacia él. La autoridad del *leader*, a través del Partido, cristaliza una sorprendente concentración de poderes y un prodigioso cúmulo de funciones."³¹

C) *Justificación del Partido único*

Las fórmulas con las que los dirigentes africanos justifican el partido único, pueden enunciarse como sigue: "Ciertamente, el pluripartidismo es conforme a la imagen que el Occidente ha elaborado de la democracia clásica, y que admiramos. Pero, constituye en cierto modo una elegancia, un refinamiento, un lujo que nosotros, pueblos subdesarrollados no podemos ofrecernos. Quisiéramos poder dejar a cada grupo la facultad de organizarse libremente. Pero no es posible permitirnoslo ahora, cuando se exige de todos un esfuerzo intenso para sacar a la nación de la miseria. Sin disciplina y sin cohesión, pereceremos. Esta verdad inspira nuestra conducta y nuestro comportamiento."

³⁰ *Projet de Programme présenté au Conseil National de la Résistance Algérienne (CNRA), par la Fédération de France du Front National de Libération*, in "Le Monde", núm. 721, 7-13 de agosto de 1962, París.

³¹ Philippe Decraene, *L'Afrique Noire en crise*, in "Le Monde", núm. 785, 31 de octubre-6 de noviembre de 1963, París.

Antes de aceptar o de rechazar en bloque las explicaciones que se acaban de mencionar, precisa subrayar nuevamente las realidades determinantes del Tercer Mundo.

1. *La obra a realizar* crea la necesidad imperativa de hacer inmediatamente obra positiva y estable, es decir clarificar y simplificar el clima fácilmente confuso que dimana de la multiplicidad de los partidos y de las divisiones de una opinión todavía en su infancia; todo ello explica esta tendencia, general y afirmada hacia el partido único. En efecto, las oposiciones, trabas, contiendas y frenos, todo lo que provoca la inamovilidad del Poder Ejecutivo, no puede ser tolerado en África. Apoyado en su partido, el jefe del Estado determina la ruta a seguir y cada uno tiene que conformarse con esta decisión. La existencia de otros partidos, y luego de jefes rivales, conducen fatalmente a las discusiones y a la suspensión del programa, al desorden y a la anarquía, fenómenos a los cuales África ofrece un terreno predilecto de desarrollo. El caso del Congo-Léopoldville, desde la Independencia (1º de julio de 1960) hasta una época reciente, ha ilustrado con elocuencia esta proliferación de feudalidades locales que, al convertirse en Gobiernos, no han titubeado en imponer por la fuerza y la violencia sus propias leyes. Ante este ejemplo, el más probante y trágico sin duda, de las luchas que pueden dividir y ensangrentar un país que nace a la independencia, la unicidad de decisión y de dirección aparece entonces como un mal menor, *con tal que no se erija en técnica normal y durable del ejercicio del poder.*

2. *El estado* característico de atraso o, mejor dicho, *de subdesarrollo* de África refuerza más y más la urgencia de la obra de edificación: "Estimamos que el multipartidismo no se identifica verdaderamente con la democracia sino a partir de una etapa determinada de la evolución humana: la del desarrollo de una sociedad industrial."³²

3. Por otra parte, la ausencia de *élite* y la supervivencia del marco tribal favorecen la tendencia al partido único. Con la existencia del multipartidismo, las antiguas contiendas étnicas podrían manifestarse nuevamente e, indiscutiblemente, son muy peligrosas para un Estado joven que ha decidido edificar su unidad nacional, condición fundamental de su existencia (88). En fin, la misma supervivencia de las estructuras tradicionales, especialmente las antiguas *chefferies* (organizaciones tribales), hace más aceptable o casi natural para las masas, la disciplina y las directivas del partido.

4. En fin, la orientación y el estado de espíritu del partido es función directa del *leader* que lo ha creado, según lo utiliza como instrumento de poder personal o como reservorio y estimulante de las fuerzas del país, al servicio de la nación.

³² Ernest Boka, presidente de la Suprema Corte de Costa de Marfil, *Editorial*, in "Le Monde", núm. 734, 8-14 de noviembre de 1962, París.

- a) *Es un partido único.* La Independencia marca solamente el principio de una era de edificación y de trabajo de la nación entera.

“Precisa asentar y reforzar la cohesión y unidad del pueblo en el seno del Partido único... El Partido orienta la política interior económica, social y cultural, así como la política exterior, cuyos objetivos define. El partido anima las masas populares y reúne sus energías; vela por la realización del programa establecido” (33).

El presidente argelino, Ahmed Ben Bella puntualiza: “Partido único, ciertamente, pero sin oligarquía política, sin régimen de policía... Necesitamos un partido único: cien mil hombres convencidos, desinteresados, sinceros, al abrigo de la corrupción, que aseguran como un verdadero apostolado la formación de los cuadros y ejercen un control sobre el poder, sin jamás identificarse con él” (*ver supra*, nota 26).

- b) *Pero es un partido de masas.* El partido, que encarna y expresa las aspiraciones del pueblo, tiene que estar presente en todas partes... “Es el pueblo entero movilizado, enlistado para la edificación de un país nuevo. Todos los que lo solicitan se juntan en su seno; el partido no se reduce a una *élite* sino que constituye un partido de masas” (33).

- c) La estructura del partido es basada en el principio de la colegialidad y de “la centralización democrática; esta estructura es ‘piramidal’”. Los responsables son elegidos por los militantes y los dirigentes del partido son designados por el congreso (del mismo), mediante escrutinio uninominal y secreto”.³⁰

5. La autoridad del presidente de la República, fundador y alma del partido, no es impuesta por fuerza o terror, sino que —fenómeno tradicional— procede de la autoridad del jefe tribal, con todas sus características: indiscutida, paternalista y de persona a persona.

El presidente determina la ruta para llegar a los objetivos perseguidos y cada uno tiene que aceptar sus decisiones y cumplirlas, conforme a cierta *allegiance* (obligación de fidelidad, lealtad y obediencia), en nombre de un juramento real o virtual hecho a la misma persona del jefe —en suma, algo parecido a la obligación que derivaba del homenaje ligo del contrato de feudo, en la Europa medieval. Lo que demuestra claramente la existencia de semejante clima es el hecho de que el que no cumple con esta obligación no peca por “desviacionismo” o traición, sino por *desobediencia* o rebeldía para con la misma persona del presidente.³³ Ante todo, se lo acusa de ingratitud para el protector tutelar de la nación.

³³ Jacques Boyon, *Le Nkrumaisme*, in “Revue Française de Science Politique”, núm. 1, marzo de 1963, p. 67, Paris.

Conclusión

Poder personal casi autocrático, *leadership* carismático y paternalista, partido único oficial... Estos rasgos específicos del clima político africano producen, a primera vista una disonancia fundamental con el tema de la democracia clásica.

Con un enfoque pragmático, precisa recordar una vez más la inmensa obra con la que las jóvenes repúblicas africanas están enfrentándose: todo está por edificarse y organizarse.

La democracia africana de hoy en día merece, sin duda alguna, el calificativo de *autoritaria*; pero, objetivamente, no se ve mediante cuál otra técnica podría llevarse a cabo esta gigantesca tarea de "conversión" de masas inorgánicas e inertas en naciones y Estados modernos. Semejante fin no puede ser el hecho de un poder que respeta con demasiados escrúpulos los principios y normas que el derecho constitucional tradicional nos presenta como los más bellos florones de la democracia clásica. Por otra parte, esta misma democracia, especialmente en Europa, va evolucionando muy sensiblemente desde el principio del siglo xx: la complejidad de cada vida nacional va acelerando la aparición de un aparato estatal caracterizado por un Ejecutivo fuerte y personalizado, capaz de llevar a cabo las finalidades del Estado y de la nación. En África, esta necesidad es todavía más absoluta e imperativa, por ser fundamentalmente vital.

No se trata de hacer aquí el elogio del autoritarismo sin contrapeso y, sobre todo, sin término en su aplicación. El régimen autoritario que la situación actual impone en África no debe ser más que una técnica de transición, una forma provisional de gobierno, una etapa hacia una democratización verdadera de la vida política del continente.

MONIQUE LIONS SIGNORET

Investigadora en el Instituto de
Derecho Comparado de México